

chaba entre las suyas —. Ella piensa bien, pero por lo general no puede evitar el decir tonterías.

La reina blanca miró a Alicia con tímidos ojos, y ésta se creyó en la obligación de decirle algunas palabras cariñosas, pero nada se le ocurría en aquellos momentos.

—En realidad —prosiguió la reina roja —, nunca fué un modelo de educación, pero es sorprendentemente bondadosa. Acaríciala la cabeza y verás cuánto te lo agradece.

Esto ya era pedirle a Alicia algo más de lo que ella se hubiera atrevido a hacer.

—Unas cuantas caricias — insistía —, y haces de ella lo que se te antoje...

La reina blanca exhaló un profundo suspiro, al tiempo que apoyaba la cabeza sobre el hombro de Alicia.

—¡Estoy rendida! — lamentóse.



—¡Pobre criatura! —  
reina roja —. ¡Acaríciala  
de dormir y arrúllala c

—No tengo ningún g  
dose de cumplir la prin  
ninguna canción.

—Entonces tendré c  
reina roja, y suspiró —.

*¡Descansa sobr  
¡Mientras de la g  
¡Luego, todos al  
¡Las reinas blan*

—Y ahora, que la sab  
do, reclinándose a su v  
cia —, puedes cantárnos  
muero de sueño!

Casi inmediatamente a  
estrepitosamente.

—¿Y qué hago yo ah  
tras tomaba las dos reale  
sus rodillas, una despu  
dras —. No creo que hay  
jante. ¡Cuidar a la vez d  
suceder en toda la hist  
siempre hubo una sola r

—¡Vamos, despiertaos

Pero no obtuvo respue  
con unos armoniosos ro  
perceptibles, que se iba  
cie de tonadilla, y Alicia  
palabras. Escuchábalas c  
las dos pesadas cabeza